



ENTREVISTA A D. TELESFORO BRAVO

*Por: Rubén Barone Tosco
y Francisco La Roche Brier
Miembros de la Asociación*

Telesforo Bravo, a sus ochenta y cinco años, sigue siendo un ejemplo de curiosidad intelectual, capacidad científica y, sobre todo, de calidad humana. Muchos premios, reconocimientos y homenajes jalonan su larga trayectoria de estudioso de la geología y de la naturaleza canaria. Su personalidad científica y humana está directamente entroncada con los grandes naturalistas del XIX, tiene esa dimensión que separa al experto del científico, es la antítesis del hombre unidimensional, sus trabajos de geología, volcanismo, paleontología, botánica o geografía así lo acreditan.

Entre las muchas facetas que adornan la personalidad de D. Telesforo hay una que ha brillado siempre con luz propia: la de divulgador de sus amplísimos conocimientos. Destaca como un conferenciante brillante y ameno, pero donde su saber deslumbra y su humanidad despierta la admiración más sincera, es en las salidas de campo. Somos muchos los profesores que gracias a su magisterio desinteresado hemos recorridos las islas canarias y los archipiélagos macaronésicos disfrutando de su presencia, de su amabilidad, de su buen humor y, sobre todo, de su magisterio. Gracias D. Telesforo.

Háblenos de los inicios del Museo de Ciencias Naturales de Tenerife.-

Comencé en el Museo ya que el Cabildo quería una persona que tuviera un título universitario, y que fuese de la rama; al ser licenciado en Ciencias Naturales tocaba las tres ramas, aunque el museo estaba por el momento volcado solamente a entomología, dirigido en ese momento por D. José M^a Fernández.

Es anecdótico como conocí a Fernández, no coincide con mi nombramiento como director. Lo conocí en el año 1937, yo estaba en el cuartel, iba a comer a un café llamado "Alegria" que era de parientes míos, ellos me dijeron que por el lugar había unas casas donde podía dormir, en esa casa estaba Fernández y su mujer. Por las noches iba allí y me entretenía leyendo, coloqué varios libros de los míos y Fernández los vio comprobando que varios eran tomos de entomología. Entonces un día Fernández me dijo si podía coger esos libros, le dije que sí y me dijo que era aficionado a los mosquitos, me contó cosas de su vida, el estudio que realizaba sobre las enfermedades derivadas de los mosquitos, ya que además estaba trabajando en sanidad y no sé si habría algunos casos de paludismo y por eso estaba interesado en el tema (cosas de la época), luego llegó la guerra, yo me fui para el frente y le perdí la pista. Luego a través del Instituto de Estudios Canarios, donde también estaba Manuel Morales ocupando un cargo administrativo.

El museo se encontraba en el parque de La Granja Agrícola, en un edificio oficial La Laboral, rodeado de plantas. Pero los presupuestos del museo eran escasos y además el edificio estaba en ruinas, Fernández quería sacar adelante el museo y se dedicó a visitar a las autoridades, la respuesta era casi siempre negativa después de grandes esperas. Los presidentes del cabildo decían que sí pero nunca se avanzaba. En los ayuntamientos, en sus grandes antesalas pasamos muchas horas hasta que nos recibía el alcalde o un subordinado con igual respuesta.

Esta fue una lucha desagradable pues pasaban los años y nada, hasta que un año durante un aguacero fuertísimo, en el museo empezaron a aparecer goteras por todos lados, decidimos que no podíamos seguir así, de todas formas tardamos mucho hasta que conseguimos dar con la solución. (Toda esta información debe encontrarse en los archivos del Museo pues todas estas andanzas las escribía). Más tarde el Museo se

trasladó al antiguo hospital civil. Yo continué bastante tiempo, las instalaciones eran mucho mejor, estaba Arozarena, Manuel Morales y algún que otro becario. Pero podemos decir que la época más desagradable y de mayor carencia había pasado. Ya estaba Wildpret como director. Hasta la muerte de nuestro querido amigo entomólogo y mosquitero Fernández yo hice muchas excursiones con él, tengo algunas diapositivas en Vilaflor abrazando de espaldas al Pino Gordo de Vilaflor. Desgraciadamente, yo no he buscado todo el montón de papeles -que deben estar en algún sitio-, esta casa es muy grande y hay tanto sitio que el día que tengamos que mudarnos yo no sé lo que haremos...

¿Qué fondos tenía el Museo en aquella época?.

Pues, hay presupuestos y... deben estar en algún sitio (tengo copias de todo esto).

¿Se acuerda de alguna donación importante?.

Yo recuerdo que estando en el Parque de La Granja, se deshizo el Museo de Villa Benítez, entonces a nosotros nos pasaron una cierta cantidad de cosas -no los libros, la biblioteca de ese museo estaba muy bien dotada-, de bichos, etc., y allí había me parece que huesos de los *Lacerta maxima* y *L. goliath* (mandíbulas de los lagartos). Alguien se había ocupado de recoger los huesos de los lagartos, que estaban en unas cajitas,... Yo eso lo miré con mucha curiosidad. No sé si en el Museo de Villa Benítez estarán aún esos restos de cosas diversas... De minerales y rocas vinieron también al Parque de La Granja. El Museo no creo que estuviera abierto al público, había colecciones pero estaban todas almacenadas. Había también no sé si una donación de coleópteros de Celestino González, que estaba al principio en el Puerto de la Cruz y luego se pasó a Santa Cruz de Tenerife. Yo hice muchas excursiones con él y con Sventenius a muchos sitios, y Celestino donó su colección, pero según M. Morales, cuando él donó la colección, ésta no estaba en muy buen estado, pero de todas maneras había algo aprovechable.

Después ya con Wildpret y demás y la época del Cabildo, el concepto del Museo y de la Ciencia había variado completamente... También se murió J.M. Fernández, que estuvo bastante tiempo dedicado a la entomología. Aquellos fueron años bastante desagradables, habría que

buscar todo el papeleo que debe estar en el archivo del Museo... Después de mí vino D. Wolfredo, que estaba en el Cabildo como consejero y tenía una influencia bastante mayor, y ya las cosas se movieron. Yo no tengo buenos recuerdos de esa época (la mía como Director), por eso: fracaso tras fracaso...

¿Qué nos puede contar acerca de sus expediciones científicas a las Islas Salvajes?.

Bueno, yo he estado cuatro veces en las islas Salvajes, una de las veces fue por el Museo (la del Agamenón'76), ahí fue todo un grupo de gente que fue cuando se publicó el libro de la expedición. Al poco tiempo de eso yo ya cesé como Director del Museo. En ese tiempo había una cantidad de gente con bastante entusiasmo...y valor, porque meterse en el Agamenón para dirigirse después a las Salvajes, con temporales y todas esas cosas... Se pasó bastante mal el tiempo allí. Se estaba embarcando el material en una zodiac, y llegó un momento en que estaba creciendo la marea y el oleaje, y yo dije ¡no!, vamos a perder todo el material, y el chico que estaba en la zodiac fue al barco y yo dije: "que no vuelva, nos quedamos en tierra"... con todo el material. Y allí nos quedamos. El Agamenón se marchó, ellos tenían unos mapas que habían recopilado del Estado Mayor Portugués.

Nosotros habíamos estado en unos symposiums en Lisboa, y habíamos estado Juan Coello y yo -el padre de Juan Jesús- como miembros de un equipo de estudio de las islas del Atlántico Norte, y entonces nos encargaron estudios geológicos de las Salvajes, y con arreglo a eso pedí al Estado Mayor, a la Universidad, etc., mapas con todos las costas y con todos los fondos marinos, etc. Que cuando más tarde fui con el Cornide de Saavedra (el 1º), ya le di al Capitán yo los mapas e hicieron fotocopias, que tenían detalles de metros y las diferentes mareas y demás. Pero eso fue antes. Con el Agamenón el viaje fue terrible, nos cogió un temporal del Poniente -del oeste-, al doblar la Punta de Anaga, aquello fue espantoso, el barco subía y bajaba, yo recuerdo que la gente se metió en la cabina del barco, que estaba llena de agua, y durmieron en el agua. Aquello era un barco que saltaba como un caballo desbocado... Después llegamos a las Salvajes y allí nos recibió una fragata portuguesa, que ya tenía idea de que llegábamos nosotros, y entonces les regala-

mos dos cajas de whisky, después nos dejaron plácidamente allí, y nos dedicamos a visitar las diferentes islas. Esa expedición fue muy agradable, a pesar de todos los tropiezos y todos los follones entre otras cosas, el estar en las islas Salvajes era un placer, una maravilla, ahora creo que hay un faro en la isla mayor, pero esa no tiene una gran importancia desde el punto de vista biológico ni geológico, bueno, desde el pto. de vista geológico sí lo tiene, pero era bastante simple. Donde realmente se pasa bien es en la Salvaje Pequeña, es una maravilla... Eso fue en 1976, por ahí está el libro con la fecha. Después de esa expedición creo que el Museo pasó a manos de Wildpret, y la dirección ya volvió a forzar al Cabildo a financiar al Museo. La expedición la financió el Cabildo de Tenerife, pero de todas maneras, estaba Carmelo García Cabrera -que ya murió-, era del Oceanográfico, quién hizo todo lo posible para que el Oceanográfico nos prestara el barco. Tenía un patrón español, pero que no tenía permiso sino hasta las 30 millas fuera de Canarias - a las Salvajes hay más de 100 millas-, y entonces tuvimos que pedir permiso a la Marina. Estuvimos batallando para poder obtener los permisos de salida, y por fin, después de tanta lata y tanto follón, nos impusieron la contratación de un piloto de gran cabotaje. Era un vasco, que iba a comer, a vivir y a dormir. Esa expedición nos costó un verdadero lío, porque las dos veces anteriores que estuve -que salí con Sventenius y con Celestino Glez.-, pues fue en el año 1953 -me parece- fue la primera expedición con Sventenius, en la que pasamos por Lanzarote, con un barquito pequeño registrado en la Caleta del Sebo en La Graciosa, salimos de Orzola, donde cargamos todo el equipo. Después, la segunda vez también fuimos clandestinos. La primera vez habíamos pedido permiso al Consulado de Portugal, pero no teníamos sino una certificación de que habíamos pedido el permiso, y cuando llegamos a la Salvaje Grande había un grupo de marineros portugueses, que nos recibieron de mala manera, y nos dijeron que si veníamos a pescar. Aquella gente no sabía leer ni escribir, y estaban todos llenos de roña, y cuando se enteraron que con nosotros venía un médico, tuvo que atenderlos a todos, y se les dieron medicinas. Esta gente estaba cogiendo pescado y salándolo, las viejas no las querían. Pescado había allí todo el que querías... Había con nosotros pescadores de La Graciosa que no vivían sino para la pesca, estaban hablando contigo y ya estaban echando por la borda la car-

nada... Se pasaba bastante bien allí. Esta gente por la mañana nos preguntaba: ¿qué es lo que quieren comer hoy?. Cada uno traía un tipo de pescado diferente. Esa fue una excursión con riesgos, pero se pasó bien, y la segunda también estuvo bien, aunque tuvimos un riesgo, fuimos en un Bermeano -con Sventenius y mi hermano, que ya murió, y D. Celestino Glez., que también murió y su hijo-. Sventenius formaba un grupo independiente, cogiendo plantas y otras cosas, Celestino y el hijo a coger bichos, y Juan y yo a pedruscos. Y se pasó bien en la segunda expedición. Se llevaba un equipo muy bueno, con las casetas de campaña, los sacos de dormir, las bombonas de gas,... En esa del Bermeano íbamos clandestinos. Esas dos veces estuvimos en la Salvaje Pequeña, que es la que falta por explorar, porque allí, aunque la visitó Sventenius, las únicas fotografías que existen de la *Euphorbia anachoreta* las tenía yo, y se quedó con ellas Sventenius. De todas formas, tengo todavía varias de la especie, ya que saco muchas, tengo de las manchas de las *Euphorbia* en la parte alta de la isla, y de las semillas y todo...

¿Nos podría relatar algo del descubrimiento de la rata y el lagarto gigantes?.

Lo de los lagartos es formidable, es una novela de historia. Realmente, el primero que descubrió el lagarto -y me parece que algún hueso de rata también- fue mi padre. Él desconocía completamente el asunto, era marino, piloto de primera, luego se dedicó a hacer explotaciones de pozos y en uno de los pozos que él cogió para trabajar, en la parte de Martiánez, que llegaba hasta el nivel del mar, mi padre hizo una galería desde uno de esos pozos hasta el acantilado que estaba detrás -el de La Dehesa-; luego hizo otro pozo más arriba para darle ventilación, y al seguir hasta el acantilado marino encontró una playa marina con lapas, burgados, etc. (una playa fósil). En un talud encontró los huesos de lagartos, las lapas, los burgados, etc., y todo lo guardó en mi casa -con la fecha, la localidad y todas esas cosas- en un baúl de tea que tenía desde que manejaba los barcos, con los libros de bitácora, el sextante, las brújulas, sus mapas de 1908 con todas las islas,... Allí se quedaron los huesos. Y un día, yo -que soy



aficionado a la naturaleza desde chiquito, me di cuenta que debajo de los nidos de Cernícalo de Martiánez había cabezas de lagarto, y dije: "son iguales a las de mi padre, pero más chicas". Entonces me di cuenta de que los huesos de los lagartos *galloti* eran casi iguales a los otros, pero más pequeños. Mi padre los clasificó como huesos de morena (dientes de morena). Seguí haciendo excursiones por Martiánez, y un día en unos sedimentos de la Cueva de las Palomas, encontré huesos de lagarto grande (*Lacerta maxima*), pero primero encontré lo que se clasificó como *Lacerta goliath*. El asunto fue que ya teníamos una colección de huesos, y se los llevé junto con mi hermano a D. Agustín Cabrera. Merecía la pena, él era director del instituto, y conocía a la perfección todas las cosas de Canarias, todo lo sabía pero no escribió una línea... Se los llevé en una caja de cerillas grande, y me dijo: "ya los miraré". Pasó el tiempo, y un día dije: "por qué no se los dejamos a Maynar", y se los llevé. Y el hombre dijo que se trataba de una superespecie, le di a Maynar unos cuantos huesos, y él dijo que valía la pena estudiarlos, y dijo de mandarlos a Alemania. Pero en vez de enviárselos a Alemania, directamente a Mertens -un experto en herpetología-, se los envió a Gómez de Llarena, que era catedrático de un instituto en Santander. Era un geólogo y un naturalista. Gómez de Llarena y Maynar habían estudiado en Alemania, y Llarena tenía mucha amistad con Mertens, del Museo de Senckenberg. En el intermedio entre Maynar-Gómez de Llarena-Mertens, se perdieron los datos, y cuando Mertens recibió esto, fue como huesos encontrados en Canarias, sin nada más. Y cuando un día de repente aparece el *Lacerta goliath* publicado en Alemania por Mertens como nueva especie, no viene ni el nombre, ni el sitio ni el lugar de recolecta. En aquella época las Islas Canarias estaban muy estudiadas -colonizadas- por científicos extranjeros, apenas había españoles. Por aquel entonces estalló la guerra civil, y luego la guerra europea, y me movilicé. Terminó el ejército y no me olvidé del asunto. Entonces, terminada la guerra yo decidí ir a estudiar a Madrid -con bastantes dificultades económicas, ya estaba casado, tenía dos chicos-. Ingresé en la Universidad de Madrid, y me hice geólogo. Me hice geólogo, como me podría haber hecho botánico o lo que sea, pero eso me pareció lo mejor. En aquella época, los licenciados en Ciencias Naturales estudiaban todas las ciencias del ramo. Yo sigo leyendo igual de geología que de biología, botánica, entomología,...

Háblenos con más detalle de la rata gigante.

Cuando Mertens describió el *Lacerta goliath*, dijo en su publicación que entre los huesos que le habían llegado al Museo iba un hueso de rata (claro, de rata gigante). Pues, con ocasión de un congreso del Cuaternario que hubo en Tenerife -se celebró en el Cabildo-, Zeuner anunció -había estudiado las costas y las dataciones con carbono-14- el hecho, y se marchó al Museo de Senckenberg en Alemania, pero del Museo había desaparecido completamente el hueso de rata, había sido afectado por la guerra. Entonces vino a Canarias, se encontró con el *Lacerta maxima* descrito, y habló conmigo. A raíz del congreso, todo el mundo se interesó por la rata gigante, y me pidieron huesos de rata. Zeuner me ofreció como préstamo llevarse la serie de huesos de rata que yo tenía -que había sacado de Martiánez-, y que le daría un nombre, como especie nueva. Se los llevó a Londres, como préstamo, seguramente no tuvo tiempo de estudiarlos completamente, y fue al congreso sin haberlo trabajado a fondo. Llegó al congreso, hizo su discurso sobre la rata -yo tuve que incorporar también todos los datos de la rata, que están publicados en conjunto en los anales del Cuaternario-, y dijo el nombre. Cuando terminó, dijo que antes de que se escribiesen los anales y demás del Congreso, él ya me mandaría el trabajo ya definitivo. Pero llegó allá y se casó con una chica, y no duró sino una o dos semanas, y se murió... Este asunto -pensé- se iría a freír espárragos. Pero entre los que habían mostrado interés en la rata, estaban Crusafont y un tal Peters -especialista en ratas africanas-, hablaron conmigo, me pidieron permiso para estudiarla, y fueron a Londres, y estudiaron los huesos. Después yo ya les di más material, y fueron los que terminaron y publicaron el trabajo... La ciencia tiene una serie de cosas... es formidable.

Era una época en que francamente, toda la gente venía de Europa -a colonizarnos, bueno, no a colonizarnos, sino a hacer estudios aquí, ya que Europa estaba ya saturada-. Los botánicos y demás venían a hacer todas sus colecciones aquí... Las *Stemmacantha* de Las Cañadas se las llevaban enteras, hacían 5 ó 6 *exsiccata* de ellas y las vendían a los Museos.



El estudio de las galerías .

Yo he influido -aunque nadie lo reconoce- en el estudio de las aguas subterráneas de Canarias, todo eso lo he hecho yo, sin tener el más mínimo conocimiento las autoridades, todas las galerías de Tenerife, La Palma, etc., las he vivido yo una por una, tengo los archivos enteros de 900 galerías, estudiadas una por una, con todos los consejos y todas las cosas, el conocimiento de los gases por ejemplo, que tanto está en auge ahora, lo estudié yo, y hay mapas de la distribución de los gases en las Islas Canarias. Por eso me fui a geología, estudié las Islas Canarias, por debajo y por encima, especialmente las islas de La Palma y Tenerife, las tengo estudiadas por debajo una por una en sus galerías, los análisis químicos de las aguas, los suelos, los diques y sus direcciones, todo con un detalle increíble... Cuando vino el SPA-15, ya todo el asunto pasó a ellos. En realidad, la riqueza de aguas que se destapó en Canarias fue a base de investigaciones que no figuraron nunca en ningún sitio... El conocimiento de los gases viene primero de los cazadores, los leñadores y carboneros en Las Cañadas, así como los guanches, que no dormían nunca en cuevas, lo hacían siempre al aire libre, porque cuando se metían en las cuevas bajo el suelo de Las Cañadas les dolía la cabeza. Los guanches vivieron al aire libre, y los leñadores y carboneros utilizaron las retamas del Teide, porque se dieron cuenta de cómo eran esas plantas. Son plantas que van creciendo y les va saliendo un copete en el centro, y forma un círculo -la retama detiene el viento que es una maravilla-, se metían en el centro, cortaban el copete y hacían su casa allí. Allí dormían, macheteaban todo el centro y esa era su casa. Porque si dormían debajo del suelo en las épocas de baja presión barométrica, era infernal. Pero ellos no pensaban que hubiese gases, ni mucho menos...

Cuando las galerías alcanzaron la suficiente profundidad para que la ventilación de puerta no atendiese a la profundidad, entonces los pulmones de los obreros empezaban a sentir los efectos de los gases. A medida en que las galerías iban profundizándose, se dieron cuenta de que los gases estaban en el subsuelo de las Islas Canarias. Cuando las galerías en los años 25-30 pasaron de los 1.000 metros, había épocas -con las bajas presiones- en que había que marcharse. En una galería murió un obrero por falta de oxígeno, y yo fui llamado como testigo y como técnico. Pero muchos obreros más murieron, bastantes por efecto del gas

carbónico. Cuando había variaciones barométricas rapidísimas, entonces a esta gente no les daba tiempo de salir -tenían que recorrer 2.500 metros-, tenían que salir corriendo a toda velocidad. Los obreros de las galerías tenían unos curiosos aparatos., eran una maravilla. Colgaban de 500 en 500 metros del techo de la galería un pedacito de tela, cuando la tela estaba hacia dentro por el viento, entonces entraban, y cuando la tela estaba hacia afuera, ¡ni hablar!... y esto lo hacen todavía.

¿Por qué se quedó a medias la Geografía General de Canarias?.

Porque me costó casi un millón de pesetas hacer los dos tomos que se publicaron. Esto fue un regalo, me costó todo de mi bolsillo. Los viajes que hice a las diferentes islas, los hoteles, recorridos y demás, me costó esa cifra, y yo no recibí una peseta... Me exigieron el tercer tomo, vendieron los dos primeros tomos íntegramente y no me dieron un céntimo, y yo no seguí. En el contrato pusieron 1.500 ejemplares, pero hicieron 2.500, para hacer su negocio. Si hubiese tenido el apoyo económico necesario, yo hubiese hecho un tercer tomo. Pero ahora, volver a hacer un tercer tomo resulta un poco anacrónico. A pesar de que el Instituto de Estudios Canarios me ha dado opción a escribir el tercer tomo, no lo hago porque la Geografía de Canarias ya tiene un montón de cosas recientes publicadas, de toda esta gente joven, de equipos nuevos de geógrafos, etc., y no voy a repetir lo mismo que toda esta gente. Pero es posible que muchos aspectos de la Geografía de Canarias no estén recogidos en estos escritos, porque yo me he dado cuenta de que en la investigación y la interpretación actuales faltan cosas. Actualmente lo que hay son intérpretes de aparatos, pero no geólogos. Se cometen una cantidad de barbaridades, viene un tío y se está 15 días en Canarias, y publican cortes geológicos, de esto y de lo otro, no sé como, recogen bibliografía de aquí y allá pero no la citan, y dan sus opiniones basadas en 15 días de estancia en Canarias.

Los barcos oceanográficos en el norte de Tenerife y en otros sitios, han hecho una mala interpretación de ciertas cosas, se han dicho algunas cosas que no han recogido. Todo eso lo voy a decir en mi próxima conferencia... y lo voy a publicar, no sé si este año o el siglo que viene. La descripción que hacen los oceanógrafos de los barcos, de estos materiales que han aparecido en el norte de Tenerife, lo han interpretado muy

mal. Dicen que en la parte superficial hay una serie de bloques muy grandes, lo que han encontrado son unos materiales primigenios de la "parte primaveral" de Canarias, de cuando hubieron una serie de destrucciones -como en San Miguel en las Azores- que destruyó completamente el edificio central de la isla, y eso hace muchos millones de años. No es deslizamiento, es un amontonamiento, y sobre ese amontonamiento que es el mortalón, se construyó el escudo de Las Cañadas, y lo que se ha deslizado -que son los diferentes valles- es lo que ellos encuentran, y dicen curiosamente que hay una serie de cosas raras en la parte superficial, estos son los materiales que se deslizaron, pero no los anteriores, que los consideran como deslizamiento y no lo son. Eso lo voy a citar en la conferencia, y no sólo citar, sino escribir, porque este es uno de los fundamentos más importantes de la construcción de las islas. Yo he buscado en la isla de Tenerife una serie de lugares que pudiesen ser la destrucción primigenia de las primeras formaciones de las islas, o sea, la primavera de las islas, donde ha habido unas explosiones muy grandes, como ha sucedido por ejemplo en San Miguel en las Azores. Cuando Hartung y Lyell -que también pasaron por las Islas Azores y vieron las grandes calderas de explosión- vinieron a Canarias, se dieron cuenta de que las Cañadas no era una caldera de explosión. Porque uno va por ejemplo a la gran caldera de Sete Cidades en S. Miguel, y se ve que el mismo material que sale de los bordes llega al mar, todo es una enorme masa de materiales de proyección, todos uniformes. Ha quedado el hueco en el centro, con una serie de explosiones secundarias, pero todo el círculo enorme de alrededor de la caldera hasta el mar, tienen el mismo tipo de material. Cuando llegaron aquí a las Cañadas se encontraron con el muestrario enorme de rocas diferentes. Las apreciaciones de los antiguos como Hartung y Lyell fueron claves, ya que habían estado en las Azores y en la caldera de Arrieiro en Madeira, que también es de erosión como la de Taburiente.

En mi próxima conferencia voy a describir los Roques de García en detalle, porque son una maravilla, y los gases... haré todo lo posible por hacerlo rápidamente...

¿Y descubrimientos geológicos que le hayan llamado más la atención a lo largo de su vida?

Pues yo creo que el mortalón, el mortalón es la clave. Todo el edificio Cañadas se montó sobre el mortalón, todo íntegro, y la cúpula esa antes del Teide, antes de formarse el valle de las Cañadas, se montó sobre el mortalón íntegro, y eso no es un deslizamiento, sino un amontonamiento -como lo llamo yo- de las explosiones primigenias en la primavera de las islas, pero se destruyó un edificio que queda en Anaga, en Teno, en Adeje y en algún otro sitio por ahí. El mortalón no ocupa la totalidad del edificio. Esto va a ser escrito, ya hay 25 ó 30 páginas escritas de todo esto, pero el guión entero es posible que lo diga en el año... ahora, quiero que las cosas se recojan como es debido. Es que me da pena de los nuevos investigadores de Canarias, lo que se dice de Las Cañadas son disparates increíbles... son mentiras todo.

(Entrevista realizada en el domicilio particular de D. Telesforo Bravo, Puerto de la Cruz, el día 14 de mayo de 1998).